



que es insensato combatirle desde la derecha. Tiene que acentuar esos signos. Nunca va a conseguirlo del todo, a menos de que promoviera una abundancia general, cosa que está lejos de sus posibilidades: el objetivo de la derecha franquista es la restauración del franquismo, y no otro. Cree que la Historia le va a dar la señal oportuna en el momento preciso: espera ese momento sin dejar de crear las condiciones objetivas para que ese momento llegue. El poder legal hace, sin embargo, concesiones cada vez mayores: se engolfa en mares semánticos, para poder mantener su contradicción. Como todavía cree que necesita a la oposición de la izquierda, pero no puede inclinarse hacia ella, trata de tirar de la izquierda hacia sí misma; trata de que se haga más de derechas. Lo hace también con la opinión pública general. En el fondo, expresada con otras palabras es la misma teoría de Nguema; dejémonos de oposiciones, dejémonos de puntos de vista personales, dejémonos de enfrentamientos: se trata de reconstruir el país, se trata de que todos estemos unidos en un momento de dificultad. Un llamamiento que tiene todos los aspectos de la sensatez. Pero, naturalmente, hay distintas maneras de reconstruir el país, hay distintas formas de practicar la austeridad desde una justicia distributiva; hay muchas maneras de convocar la unidad para un objetivo concreto. Poniéndonos en los extremos, no es la misma óptica la que se puede tener acerca de la supresión del egoísmo y del personalismo, o de los puntos que se debe reducir el cinturón en la circunferencia del vientre, cuando se reflexiona desde un yate de lujo en el Mediterráneo o cuando se pasa el verano acudiendo a la oficina del paro a cobrar un subsidio. No es la misma ruina la que amenaza a una empresa en dificultades que la que se cierne contra una familia que lo que ve en quiebra es la bolsa de la compra y a la que se advierte que la Seguridad Social no puede ser ya la misma. Es cierto que todos deben comprender el fenómeno colectivo y las dificultades generales. Hay dos maneras de que lo vean: una, por la fuerza, con la censura y las cárceles, el final de los derechos de asociación y el castigo a la disidencia. Otra, señalando con claridad los verdaderos objetivos, y concretando una justicia distributiva, y legalizando las situaciones personales, abriendo las libertades. La primera es la dictadura, la segunda es la democracia.

NO estamos en ninguna de esas dos fórmulas. Estamos en una suspensión, en una serie de aplazamientos, en unos mensajes apocalípticos y una ineficacia que no es de sistema, sino del equilibrio que el grupo de poder tiene que hacer para mantener su propia estabilidad. ■

MACIAS Y LOS DE SIEMPRE

UNA vez más se va a cerrar un capítulo histórico con un dictamen psiquiátrico y un juicio moral: Macías estaba loco, Macías era malo. Hemos visto capítulos mayores con un final igual: Hitler estaba loco, Stalin estaba loco. Ellos eran el Mal. Quizá algún buen sacerdote añada al epílogo una alusión a Satanás. Los hombres que les rodearon, que les sirvieron o que les ensalzaron cuentan sus anécdotas, relatan sus propios terrores. De lo que se trata es de salvar el sistema. O, con mayúscula, el Sistema. Y las personas que lo crearon; las mismas personas que pueden sacarlo adelante, cuando ya no está el Loco, cuando ya no asusta el Malo, o, quizá, pueden crear otro Sistema.

Macías, después de su carrera loca por la selva, como el "Emperador Jones" de O'Neill —que le contaba García Trevijano, cuando fue su nodriza para advertirle de cuál podía ser su final—, brama ahora en una celda, con un brazo desgarrado por los matorrales, pero con el orgullo alto, mientras los que fueron sus capitanes ocupan su puesto; mientras el que era su jefe de Policía sigue siendo el jefe de Policía de los otros. ¡No estaban contaminados! Si hubo en ellos algo de mal, se les fue todo hacia Macías, que era el pararrayos que lo atraía y absorbía. Inocentes, puros, los guineanos de siempre son también los de ahora. La trágica historia ha pasado a través de ellos sin rompellos ni manchillos. Piden que se les deje solos, que no acudan los que fueron las víctimas, porque no están preparados: ellos tienen el secreto del sistema y saben cómo ponerlo otra vez en pie. Toda su vida ha sido depurada en un instante por haber derrocado al tirano. Alejandro Rojas Marcos ha escrito que Jomeini no puede ser considerado más que un libertador, porque ha derrocado a un tirano, que era el Sha: así formula, con esa facilidad, esta vieja ley de la tribu.

¿Dónde están muchos que a Macías se igualen o parezcan? Son versos de Larra, del siglo pasado. Se le puede contestar, ya, que no los hay. Era un ejemplar único, y hoy está enjaulado. Sus capitanes, sus magos, sus policías, sus criados, sus amigos, nunca fueron iguales ni se le parecieron. Son buena y limpia gente de Dios, vampirizados por Macías, hoy exorcizados y capaces de tomar las riendas de su país, "ese pequeño paraíso", como dicen ahora. Ellos administrarán con sencillez y honestidad su cacao y su caoba. ¿Para qué otros? ¡Si ellos son los de siempre! No busquéis fuera, en el exilio; no busquéis atrás, en el tiempo pasado. Buscad aquí y ahora: encontraréis a los de siempre, liberados del Loco, exorcistas del Malo. Sean de ellos el cacao y la madera. Y las alianzas internacionales. Reciban ellos los medicamentos y el dinero de las ayudas; y los aplausos de los "no alineados" en Cuba, y los parabienes de los centristas unidos, y el espaldarazo de las socialdemocracias, y las peticiones de legalidad de los comunistas. ¿Quién lo hará mejor que los de siempre? ■

POZUELO